

KRIS VAN STEENBERGE

# VESANIA

TRADUCCIÓN DEL NEERLANDÉS  
DE GONZALO FERNÁNDEZ GÓMEZ

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Woesten*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2013 by Kris van Steenberge y Uitgeverij Vrijdag  
Este libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent,  
Barcelona, y Marianne Schönbach Literary Agency  
© de la traducción, 2019 by Gonzalo Fernández Gómez  
© de la ilustración de la cubierta, by Hum Images / Alamy Stock Photo  
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

Este libro fue publicado con el apoyo de Flanders Literature  
(flandersliterature.be)



En la cubierta, coro de la iglesia de Woesten en ruinas (c. 1918-1919)

ISBN: 978-84-17346-93-5  
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 525-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

*Nota del autor*

7

Alas

9

Astillas

107

Mandamientos

213

Órdenes

295

Dúo

361

*Epílogo*

405

*A Emil, mi primer nieto, cuyo tierno corazón  
palpita en suelo español.*

*Con todo mi amor.*

## NOTA DEL AUTOR

Woesten, el escenario que he elegido para mi novela, es una bonita aldea del oeste de Flandes. Pero yo escribo ficción, no soy un historiador. Todos los nombres son inventados, nacidos en mi imaginación durante la labor de la escritura. Cuando el relato lo requería, me he tomado la libertad de añadir elementos ficticios a lugares y edificios existentes.

Espero que nadie se moleste. En cualquier caso, Woesten se ha ganado un lugar muy especial en mi corazón, y eso ya no puede cambiarlo nada.

KRIS VAN STEENBERGE

*Septiembre de 2018*



ALAS





¿Fue el viento lo que la arrastró hacia él? ¿O le dio un empujón el destino? Bajo un árbol solitario junto al campo de remolachas, de espaldas a ella, había un hombre envuelto en un abrigo largo con un sombrero gris en la cabeza. Elisabeth dudó un instante entre la prédica de su madre—no hables con extraños—y su propia curiosidad—a lo mejor es alguien de la ciudad—. No lo reconoció hasta que, al acercarse, el caballero volvió la mirada hacia ella. Era el señor Funke. Ningún extraño. Aunque... según cómo se viera.

—Este ventarrón es capaz de tirar a cualquiera—dijo Elisabeth. Sonó demasiado adulto para su edad.

—Viene del oeste—contestó el señor Funke—. En cosa de dos días habrá amainado.

Era la primera vez que oía su voz—una voz cálida y cercana—, a pesar de que ya lo había visto muchas veces, un día incluso en la herrería de su padre, cuando acababa de llegar a Woesten y fue a llevar los dibujos para la balastrada de la casa de Zulma. Entre los balaustres quería poner un león con una rosa en el hocico, y así se hizo. En el pueblo nadie sabía qué significaba aquel blasón, pero todo el mundo lo elogiaba, lo consideraban original, elegante y muy adecuado para una casa tan imponente de la calle principal. La tarea tuvo ocupado al padre de Elisabeth durante varias semanas y el señor Funke pagó puntualmente, en moneda contante y sonante.

—A mí me gusta—dijo ella.

Él la miró inquisitivamente.

—Me gusta el viento—precisó—. Ayuda a vaciar la cabeza.

El señor Funke se aclaró la garganta.

—¿Tan llena la tienes?—preguntó con expresión seria pero afable.

—A reventar.

—Debes de aprender muchas cosas en el colegio.

Elisabeth atisbó un brillo de curiosidad en sus ojos.

—Ya no voy al colegio, así que... más que nada tengo la cabeza llena de todo lo que no sé.

Eso le hizo gracia al señor Funke.

—Nada más atractivo que el misterio de lo desconocido. Hay mucha belleza oculta en el anhelo de saber.

Elisabeth no entendió bien esto último, pero infirió de ello que el señor Funke la tomaba en serio.

El cielo se estaba encapotando. Podía empezar a llover en cualquier momento.

Volvieron juntos al pueblo. El señor Funke con pasos largos y firmes. Elisabeth, para no quedarse atrás, dando alegres saltitos que lanzaban sus trenzas al aire y le levantaban el vestido. Él caminaba en silencio. A ella parecía que le habían dado cuerda. No se le agotaban los temas: el mal carácter de sor Imelda—la mano de hierro del colegio de monjas—; los muchachos de la herrería, que eran unos descarados y tenían la mano muy suelta; el roto en el tapizado de la silla de su madre en la iglesia; su colección de piedras, una afición que tenía desde pequeña, porque estaba convencida de que las piedras ocultaban viejas historias que se podían escuchar acercándotelas al oído, pero sólo si de verdad creías en ello. También le contó lo que pasó el día de la golondrina, hacía ya tres años, y lo desgraciada que se sentía desde entonces, porque ya nunca podría ser exploradora, inventora, artista o algo así. Ya nunca podría ponerle su nombre a una canción, un automóvil, una isla, un violín, una obra de teatro o lo que fuera.

—¿Es eso lo que quieres?—preguntó él.

—Quién no—contestó Elisabeth—. Es la única forma de seguir viviendo después de la muerte.

Un par de mechones rebeldes ondearon en su cuello.

—No me gusta que tardes tanto en volver a casa—la reprendió su madre frotándose las manos nerviosa en un delantal de flores.

Todas las madres son iguales, pensó Elisabeth. Cuando no tienen preocupaciones, se las inventan.

—Habías prometido ayudarme con el pedido del viernes.

Volvió a sentarse junto a la ventana para retomar su labor de encaje. Flores, racimos de uvas, animales, lazos, trenchillas, borlas, bodoques y todo tipo de filigranas. Aquel trabajo minucioso le había deteriorado mucho la vista, pero ella se negaba a aceptar que necesitaba gafas.

El viernes se presentaría otra vez el Cabestro muy trajeado y, con su ojo sumamente crítico y su olfato para el dinero, revisaría el trabajo sobre la mesa de la cocina.

—Te ayudo todos los días de la semana, mamá. ¿No puedo disponer siquiera de un ratito para mí el domingo?

—Siempre quieres más, Elisabeth. Nunca tendrás bastante.

Su labio superior se tensó y sus ojos se perdieron en la oscuridad, al otro lado de la ventana, como si hubiera emergido en su memoria un viejo pesar hacía tiempo olvidado. Elisabeth observó la fragilidad de sus hombros, su espalda ligeramente encorvada y sus manos entrelazadas en el vientre. El vientre en el que la había concebido. Buscó en ella rasgos con los que pudiera identificarse, formas, curvas, lunares.

Su padre, que lo había oído todo, salió al patio mascullando algo sobre la pala del carbón, que por lo visto se había roto.

—Me he encontrado con el señor Funke, mamá. Eso es todo.

—¿El forastero?

—Sí, ése. —Elisabeth exhaló un suspiro.

Las beatonas, que glosaban con comentarios envenenados todo lo que ocurría en el pueblo, consideraban al señor Funke un hombre de modales exquisitos. Y ésa era, en efecto, la mejor forma de definirlo, aunque lo cierto es que nadie lo conocía bien. Saludaba con sobriedad, era reservado y tenía unos ojos profundos y oscuros con los que ofrecía a su interlocutor una mirada cálida pero incisiva, sin resultar por ello impertinente.

Nadie sabía qué edad tenía exactamente. Nadie sabía qué vientos lo habían traído a Woesten. Al poco tiempo de llegar, hacía ya algunos años, compró la casa de la difunta Zulma. El notario—el señor Bouttelgier—, que se encargó de formalizar las escrituras, se mostraba sumamente misterioso sobre su lugar de procedencia.

El señor Funke no tenía oficio conocido, lo cual despertó muchas suspicacias al principio. Pero las actitudes hostiles hacia él se disiparon en gran medida en cuanto la gente vio que contrataba únicamente a trabajadores del pueblo para la reforma—tan necesaria—de la casa de Zulma. Incluso encargó la construcción de un piso adicional, de modo que su fachada era ahora tan alta como las de los notables, contribuyendo así al esplendor de la calle principal.

Le gustaba leer, montar en bicicleta y pasear, y no estaba casado, algo que también fue motivo de habladurías al principio. Pero él mismo hacía sus compras y pagaba religiosamente las cuentas en el colmado de Thérèse, siempre al contado.

—Se prepara buenos guisos, con ingredientes sanos, y no escatima ni un céntimo—decía Thérèse a quien quisiera oírlo.

Sí, no había duda, el señor Funke era un hombre de modales exquisitos.

Pero nunca había dejado de ser el forastero.

Elisabeth se sentó al borde de la cama. Había limpiado las escorzoneras para que reinara la paz en casa. Se miró las manos. Las tenía pegajosas, sucias. Mi vida es un barco encallado desde aquel día, pensó. Todavía recordaba el olor del despacho. Cera abrillantadora y faldas almidonadas.

—Aquí ha recibido usted una educación intachable, señorita Mazereel. Ha aprendido a comportarse como una mujer piadosa.

Con las manos entrelazadas en el regazo—unas manos reseca y arrugadas—, sor Imelda miraba hacia la pared desde debajo de su toca blanca, como si prefiriese confiarle al estucado aquello que tenía que decir.

—Dios la ha dotado de una gran inteligencia, señorita, y los designios del Señor son incuestionables.

Aquello de «los designios» a ella le sonó más bien a maquinaciones del diablo.

—Ha aprendido a leer y escribir, y se le dan muy bien las matemáticas.

—Lo que más me gusta es leer—respondió Elisabeth.

Sor Imelda la mandó callar con un gesto.

—Ha tenido usted el privilegio de estar aquí más tiempo del usual, pero ahora se acerca el momento de abandonar nuestro colegio.

—Ya lo sé—intervino de nuevo Elisabeth—. Voy a estudiar literatura y lenguas clásicas en el convento mayor de la orden.

—Precisamente de eso quería hablarle. —Ahora sí la miró fijamente a los ojos—. Si no he entendido mal al párroco, su madre no quiere que siga usted estudiando.

A Elisabeth se le encogió el estómago. Intentó comprender lo que acababa de oír. Las palabras de sor Imelda daban vueltas en su cabeza.

—Le será usted más útil a su madre ayudándola en casa con las labores de encaje.

Elisabeth se quedó mirando a la monja sin llegar a entender, incapaz de producir un solo sonido. El despacho de sor Imelda la asfixiaba, todo se le venía encima: el escritorio de cerezo macizo, el estandarte del patrón de la orden, colgado como un trapo de su asta, la estantería, llena hasta el techo de biblias y misales y, sobre todo, el sello del colegio, impasible en su soporte de metal.

Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero hizo lo posible por ocultarlas. No quería darle a sor Imelda el gusto de que la viera llorar. Se levantó de forma tan brusca que tiró la silla. Salió del despacho, bajó las escaleras atropelladamente, sin fijarse dónde pisaba, y se fue corriendo a casa. Quería ver a su padre. Él la entendería. Él conocía su deseo de viajar y ver mundo.

En más de una ocasión le había hablado con entusiasmo desbordante de las cosas que veía durante sus largos paseos por la comarca, cuando salía de casa sin más guía que su intuición y su curiosidad. Los barcos que se deslizaban lentos pero seguros por las aguas del canal rumbo a otros lugares. Las aspas de los molinos que giraban sobre su eje impulsadas por vientos de regiones lejanas. Los gansos que, al acercarse el invierno, volaban en grandes bandadas hacia tierras de las que nadie había oído hablar en el pueblo. Su padre sonreía mientras alimentaba el fuego de la fragua y sus ojos se iluminaban con un brillo especial. Nunca fue un hombre muy locuaz. Se expresaba mejor sin palabras.

Pero su padre no estaba, no había nadie en la herrería. Entonces oyó el golpe. El golpe seco de una golondrina al chocar contra el ventanal. Las golondrinas vuelan en di-

recciones impredecibles, como si continuamente cambiaran de idea. Ésta se había propuesto entrar en la herrería y se había lanzado contra el cristal convencida de que no encontraría ningún obstáculo en su camino. Elisabeth salió y la encontró asustada junto a la forsitia del patio. La tomó entre sus manos. El animalillo tiritaba con el pico abierto, ensangrentado. Tenía un ala rota y ojos acuosos. Su corazoncito latía débilmente. La consoló con palabras sencillas y la golondrina entendió lo que decía. Por supuesto que la entendió. Las almas de un pájaro y una niña de doce años están hechas con un mismo molde. Elisabeth se sentó en el banco de madera junto a la puerta de la casa y no se movió hasta que la golondrina exhaló el último suspiro.

Entonces se fue al canal y, siguiendo el curso del agua, llegó hasta el olmo. Su olmo. Hacía unos años, contraviniendo todas las normas de su madre, se había refugiado bajo aquel árbol durante una fuerte tormenta. O mejor dicho, en su interior, porque tenía el tronco hueco, carcomido, y había espacio de sobra para ella. El olmo la envolvía como una vieja manta. Parecía hecho a su medida. Allí, protegida de miradas curiosas por los saucos silvestres que rodeaban al árbol, podía aislarse del mundo siempre que quería. Hizo un pequeño agujero en el suelo con las manos y enterró al pájaro. A continuación cubrió el modesto túmulo con piedras grises y, por fin, dejó fluir las lágrimas.

Pero las golondrinas son heraldos.

Viernes por la tarde. Elisabeth acababa de entregar una guadaña que había reparado su padre. En la calle principal se abrió una ventana. El señor Funke asomó la cabeza y saludó con la mano.

—¡Elisabeth! ¡Ven, tengo algo para ti!

La muchacha sintió que se le aceleraba el corazón. Subió

dando saltitos los tres peldaños que conducían a la robusta puerta de roble de la fastuosa vivienda. La aldaba también era un león, pero el señor Funke abrió antes de que le diera tiempo a usarla.

—Pasa, pasa, no te quedes ahí. Ahora mismo te lo traigo.

Elisabeth entró en un vestíbulo con varias puertas y una ancha escalera revestida con un tapiz verde. Una lámpara de araña con lirios de cristal opalino arrojaba una tenue luz sobre los cuadros de las paredes. El señor Funke entró en una de las estancias. Una biblioteca, más no podía ver.

Al cabo de unos segundos salió con una sonrisa en los labios y un libro en la mano.

—Tal vez sea un poco difícil para ti, pero seguro que te resulta interesante.

El señor Funke tenía manos delicadas de piel pálida. Llevaba las uñas bien cuidadas. Sus miradas se cruzaron brevemente cuando le entregó el libro. *La vida de las piedras*, ponía en elegantes letras doradas sobre una cubierta de tela roja.

—Mañana vengo a devolvérselo—se apresuró a decir Elisabeth.

—Puedes quedártelo más tiempo. Ahora no lo necesito.

Elisabeth titubeó un instante con la mirada clavada en el suelo. No sabía si tenía que decir algo más. El señor Funke llevaba unos zapatos negros tan bien lustrados que reflejaban el brillo de los lirios. Por fin, sin alzar la vista, se dio la vuelta y salió otra vez a la calle.

—Gracias—dijo al bajar el último escalón. Confiaba en que la hubiera oído.

Volvió a casa con el libro debajo del abrigo, bien apretado contra el pecho, y no lo sacó hasta que estuvo en su dormitorio. Se sentó de rodillas encima de la cama, puso el libro delante y lo abrió con mucho cuidado por la primera página. Con una caligrafía torpe, pero claramente legible,



ponía: «*Für den Liebsten*».<sup>1</sup> Elisabeth sintió una vibración desconocida en su interior.

El libro era demasiado científico, pero tenía ilustraciones fabulosas de grandes rocas y cadenas montañosas vistas en sección. Al final había una tabla con nombres raros que ella no había oído nunca. Era una clasificación de los minerales en función de su dureza.

Ya sólo la palabra le sonaba como una melodía. Minerales. Su dureza. Unos rayaban a los otros, pero los otros no rayaban a los unos. En lo más alto de la tabla estaba el talco. Blando, casi maleable. Ése es mi mineral, pensó Elisabeth. Ella estaba arriba, y el señor Funke, siguió fantaseando, abajo del todo. El diamante. El más duro de todos los materiales conocidos. Sólo se puede rayar a sí mismo. Escondió el libro en su habitación, debajo de una tabla suelta del suelo.

El Cabestro entró con una sonrisa altanera. Se quitó la chaqueta, la colgó en el respaldo de la silla y puso los patrones encima de la mesa. Le brillaba la calva y tenía cercos de sudor bajo las mangas de la camisa.

Era un encargo de una señora acaudalada. Salvamanteles de lujo para la petición de mano de su ahijada.

—Ahora que esta preciosidad ya no tiene que ir al colegio—dijo mirando a Elisabeth con ojos de verraco y una sonrisa grasienta—, espero que aumente la cantidad y la calidad del trabajo.

Elisabeth se había quedado junto a la chimenea, a una distancia prudencial. El perfume del Cabestro—sin duda muy caro—la estaba mareando.

<sup>1</sup> 'Para mi queridísimo', en alemán en el original. (*Todas las notas son del traductor*).

—Tiene una mano muy fina tu hija. No hace falta que yo te lo diga.

—Las monjas han hecho bien su trabajo—contestó la madre con expresión borreguil.

El Cabestro sacó un pañuelo, se secó la frente e inspiró ruidosamente por la nariz.

—El talento se huele.

Porque, donde hay talento, hay dinero, pensó Elisabeth. Miró fugazmente los complejos arabescos que incluían los patrones y le hizo a su madre un gesto casi imperceptible de asentimiento. Habían alcanzado un nivel de penetración tal, que, quizá por primera vez en la vida, les bastó una mirada para entenderse.

—Vale—dijo la madre—. Nos ponemos con ello.

—Tiene que estar listo el veinte de agosto. No acepto excusas.

—Eso es muy poco tiempo para un trabajo de tanta precisión...

—Ahora duran más los días y tienes buena luz hasta bien entrada la tarde. Échale más horas. Te puedo pagar treinta céntimos más.

—Eso es muy poco—resopló la madre.

—Lo tomas o lo dejas.

—Cuarenta céntimos más—dijo Elisabeth con firmeza—. Si no, llévate los patrones.

Se hizo un silencio. El Cabestro volvió la cabeza.

—Tiene agallas la niña. —Se acercó a ella y posó la mirada en sus pechos—. Pero está bien, acepto. Me ha gustado su forma de pedirlo.

El guiño que le dedicó fue más obsceno todavía que su sonrisa.

Una semana después, antes de ir al mercado, Elisabeth su-

bió otra vez los tres peldaños de la casa del señor Funke. La cabeza de león resonó con un fuerte eco metálico. Mientras esperaba, miró a su alrededor. No se veía a nadie por la calle, pero sabía que detrás de cada cortina había alguien observándola. En sillones colocados estratégicamente junto a las ventanas, las beatonas enderezaban la espalda y, con sus finos tentáculos, movían ligeramente visillos de motivos ornamentales, lo justo para no perder detalle de lo que ocurría en la acera de enfrente, ante la puerta del forastero de modales exquisitos. Pero no ocurrió nada. La puerta permaneció cerrada.

Elisabeth se fue hasta el final de la calle y dobló la esquina. Desde allí, cruzando un precario puente junto a la fábrica de cerveza, se accedía a un sendero de arena al que daban los jardines traseros de la calle principal. El jardín del señor Funke estaba tapiado, pero había una puerta lo bastante ancha para entrar y salir con una bicicleta o una carretilla. El cerrojo estaba oxidado. Elisabeth lo descubrió, pero dudó un instante. Aquello no estaba bien. Sin embargo, su curiosidad fue más fuerte que la razón y las normas básicas de civismo. Al otro lado de la puerta encontró un jardín en excelente estado, con el césped perfectamente cortado y un banco de madera bajo un nogal que también daba sombra a un conjunto de hostas y hortensias. Junto a la fachada trasera de la casa había un huerto muy bien cuidado y una veranda con paredes y techo de cristal montados sobre una robusta estructura de hierro forjado de color marrón óxido. Dentro no había más que algunas plantas. Lo que más llamaba la atención era una silla antigua con tapizado y reposabrazos de terciopelo azul. Delante de la silla había un caballete con un lienzo tensado sobre un bastidor y una mesita auxiliar con pinceles y tubos de pintura al óleo. Elisabeth se acercó hasta un lateral de la veranda para ver mejor el cuadro. No era más que un

boceto a lápiz o carboncillo, el primer esbozo de un retrato, un comienzo. Pero no había duda. Era ella. Se reconoció al instante. Con apenas unos trazos, el señor Funke había captado un aspecto de su personalidad que ella misma no conocía, algo que la turbaba y al mismo tiempo excitaba sus sentidos. Dejó el libro rápidamente en el banco de madera, lo tapó con un cubo de cinc invertido y salió corriendo del jardín.

Fue un verano muy cálido. Uno de esos veranos en los que las altas temperaturas obligan a la gente a permanecer al fresco dentro de sus casas y los campesinos sudan la gota gorda acollando las remolachas y segando los prados, porque el campo no da tregua a quienes lo trabajan. El azote del calor seguía reverberando tras la puesta de sol, cuando la temperatura al aire libre es un poco más soportable y, con el cricrí de los grillos como ruido de fondo, empiezan a animarse las conversaciones en las terrazas de los cafés. Fue el verano en que Elisabeth barría la herrería todos los días, arrancaba las malas hierbas en el huerto y pasaba las horas sentada junto a su madre, con el bolillero encima de las piernas, en silencio, sin ninguna alegría. Las cosas eran como eran.

Pero no siempre. Un domingo por la tarde—sus horas libres eran cada vez más escasas—pudo salir por fin a dar un paseo. Su madre se había ido con las vecinas al oficio de vísperas.

Sumergida en sus pensamientos, sin seguir un rumbo concreto, sus pasos la llevaron hasta su árbol. Se metió a gatas entre los saucos y se sentó dentro del olmo. ¿Cómo era posible? El montoncito de piedras había cambiado. Era más alto y más ancho. Pero lo más llamativo era que estaba cubierto por una capa de guijarros blancos que ella es-

taba segura de no haber puesto allí. Se acuclilló junto a la tumba de la golondrina y, con mucho cuidado, fue retirando uno a uno los guijarros blancos, formando con ellos un montoncito aparte. Entonces vio la caja.

Miró a su alrededor para asegurarse de que estaba sola. Era una caja de madera con incrustaciones, símbolos extraños y motivos de artesanía fina. Al abrirla, notó que la tapa no cerraba bien. Dentro había un libro envuelto en un retal de cuero. *Las montañas más altas del mundo*. Junto al libro había una carta. «Para Elisabeth. Espero que sea de tu interés. Sinceramente, E. F.».

Se quedó perpleja. ¿Cómo se le había ocurrido dejar allí un libro? ¿Cómo era posible que conociera aquel lugar? ¿Por qué se interesaba tanto por ella? Él era un hombre mayor, ella todavía una niña. Quince primaveras. Ni siquiera se podía considerar una mujer. Dejó el libro a un lado, cerró la caja, la volvió a poner encima del túmulo y la tapó de nuevo con los guijarros blancos. Con el libro debajo del brazo, salió entre los saucos que rodeaban al viejo olmo. Comprobó que su caminito secreto hacia el árbol estaba bien oculto a la vista y volvió a mirar a su alrededor para ver si la espiaba alguien. Pero los campos estaban vacíos y no se veía ni un alma a ninguno de los dos lados del canal. Volvió a casa con paso ligero. El verano había adquirido de pronto otro color. El calor ya no la oprimía tanto.